Capítulo I
La biblioteca de Pérgamo

Michell, cansada de buscar entre los miles de libros que adornaban las estanterías de la biblioteca municipal, decidió tomar el más delgado, con el título *El mundo de los números*. —Es tan delgado como un folleto. No tardaré mucho en leerlo. Es el libro perfecto. Me lo llevo —pensó.

Se detuvo un momento para apreciar la espiral azul de la portada. Tocando la textura de la espiral; esta la transportó a uno de sus recuerdos de la infancia, cuando atrapaba mariposas en el jardín. Jugando con la espiral y los rayos del sol, se dirigió a la sala de lectura.

Dispuesta a terminar el libro, pasó la portada y se encontró con la introducción. La omitió al toparse con palabras difíciles. Pasó la introducción, pero esta vez pudo ver de reojo secuencias numéricas. —¿Qué significarán estos números? —se preguntaba mientras miraba las secuencias repetidas.

Regresó su mirada hacia el relato corto del capítulo 0: 'El origen'. Leyendo rápidamente, terminó el relato y avanzó hasta las secuencias. Pero no tardó en pasar página. Miró tablas de números que la hicieron dudar: ¿el libro que había escogido era tan perfecto como pensaba?

Optó por cambiar la estrategia de lectura: leer primero los relatos introductorios y dejar las matemáticas para el final. Después de haber terminado de leer los seis relatos, anotó en su libreta:

Título: *El mundo de los números*
Autor: Yasser A. Chavez
Historia: *El origen*, *La llave dorada*, *La Espiral*, *La Conferencia*, *El valle de los espejos*, *El carnaval*.

Cansada del esfuerzo por entender las matemáticas, se quedó dormida. Se llevó consigo la sensación de que la mesa, minuto a minuto, se volvía más cómoda.

El sonido de la puerta al ser azotada despertó a Michell. Al mirar y sentir la textura del musgo, no tardó ni un segundo en llevarse los brazos al pecho. —¿Dónde estoy? —preguntó mientras miraba las estanterías repletas de papiros y la infinidad de flores adornando la biblioteca, para después girarse y ver a un joven con un papiro gritando:

—¡Se ha encontrado el número primo más grande!
Para después repetir una y otra vez: 39 cifras.

Aquella escena le había recordado al libro, pero, para su sorpresa, este había desaparecido. No estaba en la mesa ni debajo de ella. —¿Me quedé dormida? —se preguntaba, frotándose los ojos.

—Disculpe, señor, ¿qué hora es? —preguntó Michell al anciano que se encontraba detrás del mostrador.

—No sabría decirte. En este lugar nadie se preocupa por el tiempo —dijo el anciano, aún sosteniendo el papiro con el primo escrito—.

Un deseo de volver a casa hizo que Michell se acercara a la puerta, jalando hacia dentro unas bellotas que servían de manillas. Al abrirla con cuidado, pudo entrever una pradera verde e inmensa que se extendía indeterminadamente, por lo que la volvió a cerrar para frotarse los ojos nuevamente y se repitió para sí misma: —Solo es un sueño.

—Hoy es el festival de Pi —dijo el anciano acercándose a la puerta—. Tienes que ir. Es todo un placer probar los pasteles y reposar en la pradera mirando la función de las luciérnagas de Boole —añadió mientras abría la puerta.

Al cerrarse la puerta, Michell no hizo más que llorar y tirarse al suelo frotando sus dedos contra la madera, que era una de las pocas cosas que la hacían sentir en casa. Pero tan pronto como abría los ojos, el anhelo de estar en su biblioteca se esfumaba al mirar el musgo o las flores.

Extrañado al escuchar el llanto, el joven del papiro dejó de leer los documentos y se dirigió hacia la puerta. —Ver a una niña llorar en el mundo de los números es más sorprendente que un número primo de 39 cifras. ¿Qué le habrá pasado? —pensó el joven.

—¿Por qué lloras?
—Porque quiero regresar a la biblioteca de mi ciudad y no puedo.
—Pero la biblioteca de Pérgamo tiene todo lo que alguien puede imaginar.
—No me importa. Solo quiero estar en mi casa, abrazar a mi conejo Carriot y no estar más en este lugar.
—Aquí también hay conejos. Podrías hacerte amiga de alguno.
—Pero no me gusta este lugar extraño.
—Para mí no es extraño, sino mas bien un lugar donde cualquiera puede ser feliz eternamente —dijo el joven, abriendo por completo las puertas de la biblioteca.

Aquel paisaje, natural pero extraño, indujo a Michell un trance tal que se sintió como en casa, limpiándose las lágrimas.

—Esa columna de humo que ves proviene de la panadería de los pitagóricos. Hoy es el festival de Pi. Quizás, probando uno de sus pasteles, te sientas mejor. Y recuerda: ten mucho cuidado con las espirales. Una vez caí en una y, cuando logré salir, lo que se consideraban conjeturas ya eran teoremas.

Fue escuchar la palabra «espirales» lo que hizo romper el trance, haciendo que recuperara la vista y pudiera ver al joven perderse en el paisaje.

—Si esto es un sueño, algo que me dé miedo me hará despertar —dijo Michell mirando fijamente la hierba—. Pero todos aquí son buenas personas. Y si no encuentro algún monstruo, me quedaré para siempre aquí —añadió con un suspiro.

Una vez que se adentró en la extensa pradera, se dejó guiar por la columna de humo. Después de caminar por varios minutos, podía sentir en el aire los distintos aromas de la panadería, como el pastel de manzana o el pastel de zanahoria.

Al percibirlo, pensó: —¿Ya habrá comido Carriot su zanahoria? En el refrigerador hay suficiente para una semana, pero no sé cuánto tiempo tardaré en despertar.

Así pues, siguió recorriendo la pradera hasta llegar a un camino de piedra donde una Pi —hecha de ramas y flores— le dio la bienvenida. Impaciente por llegar, ignoró a una lechuza de aspecto grumoso y de una blancura, como la nieve que recibía a los invitados.

—Bienvenida al festival de Pi —dijo la lechuza—. Estos cubiertos te serán de ayuda —añadió haciendo aparecer unos cubiertos en las manos de Michell.

—¿Tendrán pastel de queso? —preguntó mientras miraba el plato con los decimales de Pi inscritos.

Una mujer que había escuchado tal obviedad no dudó en dar un salto para ponerse enfrente de Michell.

—¿Acaso, preguntaste si tienen pastel de queso?
—Sí, eso dije. Cada año lo pido para mi cumpleaños.
—Cumpleaños… qué palabra tan rara, pero a la vez tan familiar. Pero bueno, espero esto responda tu pregunta.

Se quitó el sombrero y, como si de un truco de magia se tratara, sobre su cabeza emergió una torre de pasteles que en cuestión de segundos alcanzó una altura inconmensurable.

—¡Imposible! —reprochó Michell—. Ninguna persona puede cargar tantos pasteles.
—Pues claro, niña, están hechos de un papel muy fino.
—Pero yo quiero pasteles de verdad.
—Pues entonces toma asiento y, tan pronto como te sientes, el pastel que desees aparecerá en tu plato.

Aquella mujer tiró de un hilo haciendo que la torre de pasteles se contrajera al tamaño de un pastel normal.

—Sígueme, te llevaré al banquete principal.
—Puedo llegar sola, gracias.
—Es raro que alguien no quiera compañía, pero no te molesto más.